



# MAIRENA PÓSTUMO

Si la paz es, como dice San Agustín y traduce el maestro León, *una orden sosegada y un tener sosiego y firmeza en en lo que pide el buen orden*, y de ningún modo un equilibrio entre iniquidades, esa institución, que tan al revés lo ha entendido, mas parece calumniar a la paz que servirla. Si, contra lo que nosotros pensamos, acordes con San Agustín y el maestro León, la paz es el equilibrio supradicho, claro es que ninguna persona bien nacida puede ser pacifista. De donde hubiera deducido Juan de Mairena — aquel *enfant terrible* de la lógica — que la S. D. N. debe disolverse, y que hasta el empleo de la violencia es, para ello, recomendable.

\*

Reparad, amigos, en cuán terrible cosa es la lógica, y en cuanto pueden ser desconcertantes sus consecuencias. Un or-

ganismo consagrado al mantenimiento de la paz en el mundo, disuelto a linternazos por los verdaderos amantes de la paz.  
*¿Risum teneatis?*

•

Pero hablemos de cosas serias. Nada hay tan desgraciado como aquello que nos obliga a ser graciosos. Por lo demás, yo os aconsejo — hubiera dicho Mairena — que no aspireis nunca a profesionales de la gracia, porque no hay cosa que tanto amanece y resfrie el ingenio como el creerse obligado a ser gracioso. La gracia es, generalmente, cosa de tejas arriba, de donde — todo hay que decirlo — también nos pueden llover cosas que *no tienen maldita la gracia*; y cuando lo sea de tejas abajo, está sometida a la sentencia popular, que encierra la solearilla andaluza.

*(Pa tener gracia  
 se ha menester reunir  
 muchas circunstancias)*

Y nadie hay que pueda jactarse de todas ellas.

Reparad en cuanta gracia pierde el niño el día en que averigua que su propia infantilidad es graciosa. Es el día crítico, mejor diré catastrófico de la infancia, en que empieza el derrumbe de su infantilidad y, por descontado, de su gracia infantil.

•

Tampoco habeis de casaros — habla el maestro de Retórica — con la seriedad, jaleándoos a vosotros mismos, con el nombre de sacerdotes de las letras o de las artes. Porque

dareis en sacristanes para toda la vida. ¡Ojo a esto, que es muy grave!

•

Yo gusto de advertiros los peligros en que podeis incurrir, sin que ello implique grave censura para vuestros ejercicios de clase. En general son buenos, y en ellos tengo yo mucho que aprender. Más, reparad en que un maestro de Retórica puede optar entre la fácil tarea de enseñar a sus alumnos una manera literaria, y la tarea, algo más delicada y difícil, de ponerles en guardia contra todo amaneramiento literario. Para esto último, hay que atender a corregir al autor, antes que su ejercicio.

\*

El maestro José Bergamín — ignoro cual sea su filiación política, si alguna tiene — ha escrito recientemente tres insuperables sonetos A CRISTO CRUCIFICADO ANTE EL MAR. Tres sonetos en que parecen latir todavía las más vivas arterias de nuestro mejor barroco literario, y que figurarán algún día en los mejores florilegios de nuestra lírica. Dejemos, para tratado aparte, la significación de este resurgir del soneto en España. Anotemos que José Bergamín está muy de vuelta, acaso lo estuvo siempre, del culto algo estéril y, a mi entender, rezagado de nuestro barroco de superficie, con signo culterano o conceptista. Anotemos también que, a fuer de buscador de raíces, no reniega de la tradición hispánica, ni de los precedentes más inmediatos de su propia obra, como lo prueba el verso de Unamuno, que reproduce a la cabeza de sus tres sonetos. Por esta razón Mairena lo hubiera incluido siempre entre los *originales*, nunca entre los *novedosos*.

Me agradaría decir que el mejor de los tres sonetos es el primero, aunque la verdad sea que los tres son *mejores*, y ello por no aquiescer al aserto, tan frívolo como autorizado, de que sólo es poeta el que afirma o el que niega. A mi juicio, es poeta también y sobre todo el que pregunta. Y el primero de los tres sonetos de Bergamín es todo él una interrogación, que envuelve un mar de interrogantes. Un mar de confusiones, en el mejor sentido de la palabra. En la estrofa dantesca — fué Dante, según pienso, padre mayor y definitivo del soneto, esa tardía flor de la escolástica — nos presenta Bergamín al Cristo crucificado, *anclado* en *Cruz*, junto a la mar multisonora. Un Cristo agonizante, la eternidad que expira junto a una muerte cantora. ¿Porqué canta la mar en el silencio de Dios? ¿Porqué muere la vida? ¿Porqué y para quién canta la muerte?

*¿Me engañas tu o el mar, al contemplarte  
ancla celeste en tierra marinera,  
mortal memoria ante inmortal olvido?*

En el segundo soneto, líricamente el mejor, la poesía de Bergamín se encrespa y aborrasca — las cuadernas del soneto crugen, pero no ceden — con sobrada tormenta para el vaso barroco.

*Relampaguea, de tormenta suma,  
la faz divinamente atormentada  
del hijo a tus entrañas evadido.*

Y en el tercero se remansa y aquietta con el triunfo del Cristo agonizante, ante la mar implorante y piadosa, la en-

gendradora de su creador (digámoslo desviando un poco la paradoja del maestro León <sup>(1)</sup>) que viene a pedirle, a suplicarle *la voz con que lo engendre*. Porque la mar aspira a redimirse. (Aquí pondría Mairena una interrogación). Más Bergamín termina con un imperativo

*(Y entrégale tu grito arrebatado)*

el característico imperativo de nuestros sonetos.

\*

De nuestros sonetos y, en general, de nuestra lírica, donde abundan, superabundan las voces de mando o de súplica

•

Del barroco literario español — decía Juan de Mairena a sus alumnos — la catedral, de puro estilo jesuita, la encontrareis, acaso, en el teatro de don Pedro Calderón de la Barca, del Calderón más calderoniano, que no es, a mi juicio, tanto el continuador de Lope como un arquitecto definitivo en nuestras letras doradas. Cuanto hay en él de final se pone de resalto, tal vez excesivo, por el gran barranco que, tras de su teatro, aparece en nuestras letras, un ancho foso sin puente levadizo. Como obra de teatro nada hay, acaso, más sólido en nuestras letras que una *comedia* de Calderón, por ejemplo: «*El Príncipe Constante*» que, — digámoslo de paso — no se representa en España desde los tiempos de Isidoro Maiquez. Es en ella donde ese gran poeta de arboles, de arboles donde nada amanece, pinta y dibuja con

(1) De su *criador divina engendradora*, llama Fray Luis a la Virgen.

brillo más esplendoroso y trazos más firmes las llamas de una declinante españolidad. Un gran incendio de teatro, ciertamente, pero en el cual — como dijo un coplero — se oculta un ascua verdadera, que todavía podemos aplicar a nuestra sardina.

\*

Disimulad, amigos queridos — decía Juan de Mairena — si alguna vez parece que pretendo yo echármelas de crítico y hasta de crítico de teatros. A nada aspiro yo menos que a eso. Alguna vez escribí algo destinado a la escena, más nunca pretendí oficiar de portero, para que nadie pasase a ella sin hablarme. Contra la crítica de entonces guardo yo algunos rencorcillos, y a curarme de todos ellos aguardo para decir todo lo malo que pensaba de ella muy antes de soportar sus impertinencias o, al par que las soportaba, cuando recafan en alguien mucho mejor que yo y se convertían en verdaderas insolencias. En verdad poca importancia podían tener las tachas que se ponía a mis comedias, y que no coincidían, ni por casualidad, con sus muchos defectos, cuando al creador de todo un teatro se le decía: ¿porqué no se dedica usted a otra cosa? Contra estos desmanes de almogávares del escarpelo habeis de estar en guardia, para nunca incurrir en ellos.

En general, yo os aconsejo que nunca os arrepintais de los elogios sinceros que prodigais a la obra de vuestro vecino; porque ello es señal de que algo bueno habeis visto en ella. Y por muy pequeño que sea el acierto objetivo de esos elogios, siempre estareis con ellos más cerca de la verdadera crítica, que si pretendéis definir una obra por sus faltas o

defectos, es decir, por todo aquello de que la obra carece. Acaso esto explica porqué la crítica benévola, de buena voluntad es la única que deja rastro fecundo y porqué los más altos jueces (Cervantes, Goethe) fueron tan pródigos en el elogio.

ANTONIO MACHADO